



VIERNES SANTO: MEDITACION SOBRE EL CRUCIFICADO

José A. García

1. LA IMPORTANCIA DE "NARRAR RECUERDOS".

Solemos decir que "no hay que vivir de recuerdos" y, sin embargo, más verdadero es afirmar que "sin recuerdos no se puede vivir". Ellos son para el hombre como las raíces para el árbol y en torno a su narración colectiva se reúnen las familias y los pueblos cuando tratan de orientarse hacia el futuro o, al menos, de no repetir el pasado. Ciertamente que hay recuerdos buenos y malos pero este carácter no les viene de los contenidos que evocan sino de nuestra manera de relacionarnos con ellos. Son malos los recuerdos que nos **atan al pasado**, incapaces de generar en nosotros otra cosa que no sea nostalgia o apatía, falta de amor a la vida. Son buenos los que nos ponen en **contacto con nuestras raíces** más profundas para decirnos, desde ahí, quiénes somos y posibilitar el nacimiento de una historia personal y colectivamente nueva.

Como cristianos, vivimos de un recuerdo y en un mundo como el nuestro que ofrece mil y una identificaciones distintas, su narración en el interior de nuestras existencias individuales y comunitarias adquiere más importancia que nunca. No ciertamente para quedarnos en él, nostálgicamente evadidos, sino para convertirlo en "imaginación creadora" dentro del tiempo presente.

Jesús es nuestro recuerdo radical. Recuerdo "peligroso", no sólo porque no se deja integrar en los esquemas de este mundo ni en los nuestros, sino porque al ser narrado en ellos los subvierte. Recuerdo "salvador" porque, al ser recibido en la fe y en el amor, se convierte en el artífice principal de nuevas creaturas y nueva creación.

Tomado de **Sal Terrae**, Marzo 1984.

En este viernes santo, la "memoria Jesu Christi" se concentra en la "memoria passionis". Puestos delante del crucifijo o imaginativamente en los alrededores del Gólgota, nos hacemos la pregunta fundamental de esta meditación: ¿Qué nos desvela el Crucificado? ¿Qué dice sobre el porqué de su muerte y sobre aquellos que le matan, sobre él que muere y sobre Dios que calla, sobre el futuro de aquella causa por la que vivió y murió? Más. Narrado aquel acontecimiento en nuestra historia concreta, ¿qué desvela el Crucificado en medio de un drama de víctimas y verdugos que no ha terminado aún y en el que no sólo los otros sino también yo mismo estoy implicado? Vayamos por pasos.

2. EL CRUCIFICADO NOS "RECUERDA" QUE NO PODEMOS DES-HISTORIZAR LA CRUZ.

Hacerlo es la primera manera de devaluarlo, de destruirlo como recuerdo peligroso y salvador. La cruz no es un acontecimiento "espiritual" ni el Crucificado está en ella por una culpa universal y ahistórica. Jesús era portador, de parte de Dios, de un anuncio que al incidir en las realidades humanas, sociales y religiosas de su tiempo, levanta esperanzas en unos y miedos asesinos en otros. La cruz es el punto exacto donde se entrecruzan la pretensión de Jesús, nueva Humanidad cuyos primeros destinatarios y receptores son los ciegos y los cojos, los leprosos y los sordos, los muertos y los pobres (Mt 11,5), y el no de los poderes político-religiosos que presienten la tremenda desestabilización que un hombre así puede causar.

Hay que afirmar, por tanto, que des-historizar la cruz, espiritualizando todo el proceso que le llevó a Jesús a ella, es destruirla como recuerdo "peligroso". Porque si ese suplicio no tiene nada que ver con las posturas que tomó en su vida ni dice relación alguna de causalidad con el hecho de que Jesús se situara históricamente en la óptica de Dios que "derriba del trono a los poderosos y exalta a los humildes, que a los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despiade vacíos" (Lc 1,51-52), entonces puede ser recordado y narrado en nuestro mundo sin que nada ni nadie se estremezca. Pero si el Crucificado es Jesús de Nazaret, el hombre libre que entabló un combate profético por la justicia de Dios en el mundo desde la experiencia de unificación y amor de su Padre y los que le matan unos "interesados" religiosa, social y políti-

camente hablando, entonces recordar hoy y narrar quién es el que mata y quién el que muere en aquella tarde del Viernes Santo es y será siempre un recuerdo y narración peligrosos. ¿Para quién? Para los interesados de hoy que siguen matando justos y condenando a masas enteras a vivir sin rostro de hombres. Para cada uno de nosotros en la medida en que somos transmisores de mil formas de muerte a través de nuestras actitudes de dominio, narcisismo o apatía ciudadana.

Y es destruirla como recuerdo "salvador" porque al dar un significado místico al "hecho de sufrir", desconectándolo de sus razones históricas, el Crucificado pierde su fuerza desenmascaradora convirtiéndose en un símbolo de legitimación de los poderes inhumanos. Sólo nos salva lo que nos desenmascara -a nosotros y al mundo- porque sólo ahí radica la posibilidad de sentirnos llamados a ser nueva creatura, historia nueva.

3. EL CRUCIFICADO NOS "RECUERDA" QUE NO PODEMOS DES-TEOLOGIZAR LA CRUZ.

La segunda manera de devaluar al Crucificado es des-teologizar la cruz, privarla de su lectura más radical y profunda. Es otro modo de vaciarla que no conduce, como piensan muchos ilustrados, a afirmar mejor al hombre sino justamente a despojarlo de su máxima defensa frente a quienes proyectan sobre él mil formas distintas de destrucción y de muerte.

¡Nosotros, los creyentes, y nuestra triste manía de quedarnos en simples lecturas psicológicas o sociológicas de los acontecimientos!

Ante el Crucificado, una lectura simplemente sociológica o política no puede hablar más que de confrontación, juicio sumarisimo, condena a muerte...Una lectura ética puede añadir más. Puede hablar de injusticia, calidad moral de Jesús, juicio guiado por intereses...Una lectura teológica afirma, sin negar nada de lo anterior: "en Jesús que muere, **el Hijo de Dios muere**".

Desteologizar la cruz es destruirla como recuerdo "peligroso". Porque una cosa es interpretar sociológicamente un hecho, otra calificarlo ética o políticamente y otra muy distinta -distinta porque convierte a las dos anteriores en literalmente aterradoras- narrar que en un hombre que muere, **muere un hijo de Dios**. Narrar esto hoy es recuperar contra el pecado que vuelve

inhumana la vida su máximo aguijón. Entonces se hace verdad que:

- en los 45 millones de personas que mueren cada año de hambre en el mundo, son enviados a la muerte 45 millones de hijos de Dios.
- en los más de 15 millones de refugiados que vagan por el mundo fuera de su país, 15 millones de hijos de Dios han sido privados de patria y de hogar.
- que en los más de 90.000 desaparecidos en L.A. en estos últimos años han desaparecido (!) otros tantos hijos de Dios.
- que en las relaciones económicas Norte/Sur y en la confrontación armamentista Este/Oeste, causantes de la pobreza en el mundo y amenaza contra la vida entera, se producen miles y millones de víctimas cuyo título para vivir no es sólo el de ser hombres sino el de ser "hijos": 11 millones de niños mueren antes de su primer cumpleaños; 450 millones de personas sufren hambre o están mal alimentados; 2.000 millones tienen rentas inferiores a los 500 dólares; 600 millones no tienen trabajo o están subempleados...

La lista sería interminable y por supuesto hay que acercarla allí donde no sólo los otros sino también nosotros nos vemos confrontados con todo ese cúmulo de recuerdos peligrosos.

¡Ay, si algún día experimentáramos esta verdad: que el hombre -todo hombre- es "hijo"! El que afirmó que Dios es la máxima alienación del hombre pudo tener una base de razón en los hechos pero enunció una enorme mentira. Dios es la máxima defensa del hombre. Lo que sucede es que esto sólo se hace verdad en quienes han hecho la experiencia del "Padre" -y por tanto del "hermano"- y se dejan llevar apasionadamente por ella.

Llegados aquí, me gustaría hacer una observación que no considero marginal. Si en la antigua espiritualidad vivimos de un modo polarizado aquello del Salmo 50, "Tibi **solí** peccavi" (contra Ti solo pequé), olvidando las consecuencias de nuestra codicia destructiva -como parece olvidarse David de Urías- da la impresión de que ahora lo único que aceptamos es la culpa sociológica como conciencia del mal que causamos a nuestro alrededor, pero sin conciencia de que en el mal que hacemos a los demás queda alcanzado el propio Dios. En un movimiento pendular tan típico de nuestras espiritualidades des-integradas, pasamos con harta facilidad del sólo Dios al sólo hombre cuando tratamos de considerar contra quién se dirige el mal del mundo y nuestro propio pecado. El Crucificado nos desvela hasta qué

punto es falsa cualquier dicotomía en este terreno: muere el Hombre pero ese hombre es Hijo y, por tanto, esa muerte afecta al Padre Dios. Mueren los hombres pero, porque son hijos, nuestra culpa llega hasta Dios: **Tibi**, peccavi.

La ideología religiosa quisiera desembarazarse del molesto sentimiento de culpa acudiendo a Dios sin pasar por el hombre. La moderna secularización del pecado quisiera hacerlo ateizando su dimensión teológica, es decir, dejando al margen de él a Dios. Contra lo que pudiera parecer, la víctima de ambos reduccionismos es la misma: la causa del hombre en cuanto es, a la vez, causa de Dios, instancia máxima contra el pecado del mundo.

4. "DONDE ABUNDO EL PECADO, SOBREABUNDO LA GRACIA"

Falta seguir la pista al hecho de que des-teologizar la cruz es destruirla como recuerdo "salvador". Veamos por qué.

Es cierto que el pecado "mata" y que los muertos son hijos de Dios. Es cierto que también nosotros somos autores o, al menos, cómplices de muchas pequeñas muertes. Pues bien, si nadie nos "perdonara" esas muertes en que el propio Dios queda alcanzado, no tendríamos remedio. La culpa terminaría por destruirnos en la medida en que captáramos toda su hondura humana y teológica... Para impedir esta destrucción hay tres salidas pero sólo una es la verdaderamente cristiana.

Podemos reprimirla buscando álibis de justificación, por vía de la psicología o la sociología, que nos dispensen de reconocer, no lo que en esas explicaciones hay de verdadero -que por supuesto es mucho- sino lo que en nosotros hay de implicación y responsabilidad personal.

Podemos culpabilizarnos neuróticamente acumulando sobre nosotros la angustia y el autodesprecio de quien nunca ha oído una palabra de acogida y de perdón.

Y podemos, finalmente, abrirnos a la Misericordia salvadora de Dios manifestada en el Crucificado.

Porque él es la confirmación de que la respuesta de Dios al pecado del mundo y de cada uno de nosotros no es la destrucción física y psíquica sino el ofrecimiento de un encuentro de gracia. ¿Cómo llegamos a esta conclusión? Quién y cómo sea Dios en concreto con respecto al hombre, lo sabemos únicamente

te por Jesús. En su vida y en su muerte, él es "revelación" de Dios. Pues bien, si esto es así, el Hijo que reconcilió en vida a los pecadores comunicándoles esperanza y salvación, y que en muerte no maldice a quienes le condenan sino que intercede por su perdón (Lc 23,24), es la revelación más sublime que haya habido nunca de que el ser de Dios es el de Padre que "no quiere la muerte del pecador sino que se convierta y viva" (Ex 18,23. Cfr. Jo 3,17). Desde la cruz de Jesús, Alguien ofrece al mundo no la petrificación en su propia maldad y miseria sino la experiencia de la misericordia dentro de la cual se hace posible únicamente el comienzo de un cambio de vida, de una nueva historia. Misericordia ofrecida a nuestro yo real, no a nuestra imagen soñada, "el Mesías murió por nosotros cuando éramos **aún** pecadores: así demuestra Dios el amor que nos tiene"(Rom 5,8). Cambio de vida que consiste no sólo en desvincularnos de aquellos procesos sociales o actitudes humanas que multiplican el número de crucificados a nuestro alrededor, sino también en convertirnos en "cauces de la misericordia de Dios en el mundo" (Gz. Faus). Porque la pasión del Señor y el dolor de Dios no han terminado todavía; siguen en aquellos con quienes El quiso identificarse: hambrientos, desnudos, extranjeros, presos...(Mt. 25,35ss). Por eso, sin una solidaridad real a favor de los "pobres" y en contra de su cruz, este día no pasará de ser un viernes más del año. Nunca será un viernes **santo**.

Recibir la misericordia y ser agentes históricos de misericordia en el mundo son las dos caras de una única experiencia: la de la acogida y perdón de Dios que se prolonga, llena de gozo y agradecimiento, desde nosotros hacia el mundo. "Que os améis unos a otros **como** yo os he amado" (Jo 15, 12).

5. LA CRUZ COMO DES-GRACIA Y ABANDONO DE DIOS.

El que no se haya encontrado alguna vez con la protesta contra Dios es que no ha vivido aún lo suficiente. El que no la haya sentido emerger dentro de sí, tal vez no haya sufrido bastante o se haya vuelto insensible al sufrimiento de los demás. ¿Es posible creer después de Auschwitz?, fue una de las formulaciones de esa protesta ante la barbarie humana pero, de modo menos elaborado, uno se la encuentra a la vuelta de cada vida, tras el hijo que se despeña por un barranco, la madre que se muere antes de tiempo o las grandes catástrofes naturales

o provocadas. La cruz "aparece" siempre como des-gracia (eso lo expresaron muy bien los judíos para quienes el intento de Pablo de hacerles ver en el Crucificado al Mesías de Dios les pareció un escándalo (I Cor 1,23ss): si existe Dios su única forma de manifestarse debería ser el poder, la belleza y la fuerza) y señal de que Dios nos ha abandonado. Es que ni la razón humana ni, en un primer momento, la razón creyente saben qué hacer con el dolor de la vida y la crueldad de los hombres. Su primer lenguaje es de des-gracia (ausencia de gracia en la tierra), lo que les convierte en un arma contra Dios.

Dios nos libre, en nuestro trabajo pastoral, de querer saltar demasiado aprisa por encima de este "escándalo", de esta sensación. Sin percibirla a fondo, la esperanza cristiana nunca será realista ni podrá actuar como factor de liberación. ¿No la experimentó acaso Jesús? ¿No tuvo que afrontar el Crucificado la terrible experiencia de que todo se venía bajo, todo menos su inquebrantable "esperanza contra esperanza" en Dios? Estoy convencido de que **ése es el único lugar teológico** al que acudir e invitar a nuestros hermanos, en situaciones que se parezcan, aunque pálidamente, a la que recordamos y narramos en este Viernes Santo. La cercanía humana, las palabras llenas de buena voluntad, pero también de torpeza e impotencia, no tienen más validez que la de un preámbulo. El lugar de la salvación cuando la vida no arroja más que datos de ausencia de gracia y abandono de Dios está en la comunión con los "sentimientos" del Crucificado. "Pues, por haber pasado El la prueba del dolor, puede auxiliar a los que ahora la están pasando" (Heb 2, 18). Getsemaní y el Calvario son dos lugares donde el creyente aprende de Jesús a poner en manos de Dios lo que visto humanamente no es más que un fracaso personal y de aquello que uno más ha amado en la vida. "Jesús debió conciliar de un modo existencial una evidente experiencia humana de fracaso y su confianza en Dios por quién se sabía enviado" (Schillebeeckx). Entregarse así, desasidamente, en manos de Dios no es ninguna magia curativa pero sitúa al hombre en la fe y la esperanza que dan sentido a la vida. Ese "lugar" nos comunica una nueva libertad.

Me gustaría terminar este apartado con dos reflexiones que pueden resultar pertinentes:

1.^a **"Después de Auschwitz se puede orar porque en Auschwitz se oró"** (J.B. Metz). Trasladando la fórmula a categorías cristo-

lógicas, sonaría así: "después de lo que le sucedió al Crucificado se puede orar porque el Crucificado oró". Esa es la cuestión, no teórica sino experiencial. Alguien, en el campo de concentración, ante el cadáver de su hijo o de su madre, frente a su propia o inminente muerte -Jesús ante el aparente hundimiento de su vida y de su causa- se ha atrevido a orar y a esperar de Dios un futuro para los crucificados y la causa que defendieron. Desde ese mismo "lugar", también a nosotros se nos puede hacer posible orar y esperar .

2.^a ¿Qué es "éxito"? ¿Qué es "fracaso"? Jesús pudo tener la sensación de fracaso pero nosotros sabemos que ni su vida ni su muerte lo fue. Al resucitarlo, Dios nos abrió los ojos para comprender toda la belleza, anchura y profundidad de aquella existencia de la que miles de millones de hombres y mujeres, después de él, hemos quedado prendados, cuyo Espíritu hemos heredado. ¿Qué mide, entonces, el "éxito" de Jesús? No ciertamente el **número** de sus obras -¿qué significan **numéricamente** sus curaciones, su aliento, su defensa de los pobres, al lado de "toda" la miseria humana y espiritual de su país y mucho más del mundo entero?- ni las **transformaciones** obtenidas durante su vida -cuando muere prácticamente todo sigue igual- ni la **resonancia** geográfica de su mensaje que no atravesó los pequeños límites de su país. Lo que hace significativa la vida y la muerte de Jesús es su calidad única: la entrega total de su vida a la causa de Dios en el mundo desde la experiencia, también única, del amor del Padre. Eso es lo que constituye el "éxito" de Jesús, lo que ha hecho de El el primogénito de innumerables hermanos y seguidores.

¿No podría ayudarnos esta consideración a revisar nuestras ideas al uso sobre lo que es éxito y fracaso y a oponerlas, desde la fe en Jesús, una creadora resistencia cultural?

6. ECCE HOMO, ECCE DEUS. (*He ahí al hombre, he ahí a Dios*).

Pilatos dijo más de lo que sabía al presentar a Jesús con aquellas palabras: "Ecce homo" (Jn 19,5). Porque realmente El es el Hombre. Nuestro corazón y nuestra mente sueñan con frecuencia sueños de hombre o de mujer con los que idealmente quisiéramos identificarnos. ¿Se parecen algo esos sueños a la figura de Jesús, el Crucificado? Para que así fuera (K. Rahner):

- Ese hombre o mujer soñados habrá de tener una vertical que le clave en la tierra, símbolo de su compromiso apasionado por la construcción de una ciudad nueva donde los desposeídos de pan, de palabra y de cariño sean levantados a su condición real de hijos de Dios copartícipes fraternales de este inmenso don de Dios que es la vida.

- Ese hombre o mujer soñados habrá de vivir en una vertical que le remita a Dios, lugar santo y querido de comunión, lugar irrenunciable desde donde intentará vivir su articulación histórica en esa construcción y la esperanza que no defrauda.

- Ese hombre o mujer soñados tendrá los brazos abiertos, en una horizontal clavada, símbolo de la entrega sin límites y la impotencia desarmada.

- Justamente donde se encuentran la vertical que asciende y desciende con la horizontal fijada, habrá una cabeza coronada de espinas y un corazón traspasado por una lanza. Son los costos personales que será preciso soportar por una existencia así de entregada.

¡Ecce homo! Porque ¿quién nos metió en la cabeza y en el corazón hace unos años la idea de que construir el Reino de Dios en una historia tan mal hecha iba a resultar posible sin tremendos costos personales y colectivos, sin resistencia cristiana? No ciertamente Jesús quien hace ya dos mil años nos puso en guardia: "El que quiera venir conmigo que tome su cruz y me siga" (Lc 9,23). No ciertamente el Crucificado. ¿Y quién nos mete ahora en el corazón y en la cabeza el desaliento que pasa de todo, en formas múltiples de emigración interior o exterior, ante la constatación de lo difícil que resulta construir una convivencia justa y pacificada entre todos los hombres? No ciertamente Jesús que dijo: "En el mundo tendréis apreturas, pero ánimo, que yo he vencido al mundo" (Jn 16,33). No el Crucificado quien, contra toda aparente esperanza, es capaz de remitirlo todo a quien tiene poder de resucitar a los muertos y hacer justicia final a los crucificados: "A tus manos, Padre, encomiendo mi espíritu" (Lc 23,45-46).

Ecce Deus. Donde la reacción judía, para quien la mediación de Dios es el poder, no ve más que la confirmación de una farsa jugada y perdida por Jesús -"Que baje ahora de la cruz y le creeremos. ¡Había puesto su confianza en Dios! Si de verdad lo quiere Dios, que lo libere ahora, ¿no decía que era Hijo de

Dios?" (Mt 27,43)- la reacción del centurión romano nos sitúa ante la respuesta de la fe: "Verdaderamente este hombre era hijo de Dios" (Mc 15,39): que la mediación de Dios es el amor historizado, el combate profético por la justicia en favor de los pobres, la confianza que, a pesar de todo, todo lo espera; Jesús crucificado.

Coloquio: Imaginando a Cristo nuestro Señor delante y puesto en cruz, hacer un coloquio, cómo de Criador es venido a hacerse hombre, y de vida eterna a muerte temporal, y así a morir por mis pecados. Otro tanto mirando a mí mismo, **lo que he hecho por Cristo, lo que hago por Cristo, lo que debo hacer por Cristo**, y así viéndole tal, y así colgado en la cruz, discurrir por lo que se offresciere" (San Ignacio, **Ejercicios Espirituales**, 53.).

Narrar recuerdos, los recuerdos del Viernes Santo; introducirlos en nuestra historia colectiva y en nuestra vida personal y celebrarlos comunitariamente, ésta sería la verdadera función cristiana de este viernes santo. Tal vez suceda que nuestro corazón empiece a "sentir" y nuestros pies empiecen a "andar". "Tomad, Señor, y recibid, toda mi libertad...Dadme vuestro amor y gracia que ésta me basta" (EE.234). Es la experiencia del Amor recibido que se transforma en libertad entregada.

"En esta inacabada historia humana de dolor que busca sentido, liberación y salvación, Jesús de Nazaret se presentó como un mensaje y una praxis de salvación, como un hombre que, por medio de su vida y su inocente pasión en cruz, ofrece la posibilidad de leer nuestra vieja historia de forma nueva e innovadora. Esto muestra que la **mediación** entre el hombre histórico Jesús y su significado para nosotros es la **praxis cristiana** en el el curso de nuestra historia humana. Sin solidaridad eclesial con los que sufren, sean quienes fueren, el evangelio de las Iglesias resulta tan incomprensible como increíble. Por tanto, el horizonte hermenéutico universal es una búsqueda de la libertad humana liberada, es decir, una praxis efectiva de liberación" (E. Schillebeeckx, **Jesús, la historia de un viviente**, Cristiandad, Madrid 1981, pag. 586).

*

*